

Madrid, 6 mayo 1923

La calavera de Rafael ("Recogido en "De esto y de aquello," tomo IV)



E aprecia y gusta la belleza del desnudo en pintura y en escultura, si bien no siempre con desinteresada pureza de intención estética, menos en literatura y mucho menos en arquitectura.

De música no podemos hablar. Y hay algo que podríamos llamar, no el desnudo, sino el descarnado; no la encarnadura, sino la osatura o el esqueleto, al descubierto, a cuya belleza muy pocos llegan.

Dicen que Stendhal recomendaba la lectura del Código para hacerse un fuerte estilo literario. Sería del código romano de las Doce Tablas o del de Napoleón; la de los nuestros no serviría. Y acaso pueda servir a esa lección de *Eti-ca*, de Spinoza, con sus proposiciones en un hermoso estilo descarnado, óseo, o bien ya la Geometría de Euclides.

El que fuera capaz de apreciar la hermosura de un esqueleto humano — sea el de una Venus de Milo, una beldad descarnada—habría llegado a la más profunda comprensión estética de la forma humana. La forma humana que es, decía Goethe, lo más digno en que se debe uno ocupar. Su estudio le llenó lo mejor de su tiempo, sobre todo durante su estancia en Roma, de 1786 a 1788, que fué—él mismo nos lo dice—un verdadero renacimiento para él, para aquel hombre—«es usted un hombre», le dijo al verle, Napoleón el Grande—que al morir, a los ochenta y tres años, dejó un cuerpo, cuenta Eckermann, admirable de juventud y de perfección. Y dentro de este cuerpo un magnífico esqueleto, fundamento de él. Y Goethe, el que descubrió el hueso intermaxilar en el hombre, fué capaz de apreciar y gustar la hermosura ósea, la belleza del descarnado.

Cuando en abril de 1788 se disponía—y con qué dolor!—Goethe a dejar a Roma, fuese, como de despedida, en piadosa peregrinación a la Academia Eútica a mostrar su veneración a la calavera de Rafael de Urbino, el pintor, que como una santa reliquia se conservaba allí. Y nos dice: «Espectáculo verdaderamente maravilloso! Una calavera recogida y redondeada, tan bella como pueda pensarse, sin una traza de aquellos salientes, abultamientos y bombeos que, observados más tarde en otros cráneos, han venido a tener tan variada significación en las doctrinas de Gall. No lograba separarme de su contemplación, y noté, al marcharme, cuán importante sería para los amigos de la naturaleza y del arte tener un vaciado de ella, si ello fuera posible. El consejero Reiffenstein, este influyente amigo, me dió esperanzas de ello y me lo cumplió algún tiem-

po después, enviándome, en efecto, a Alemania tal vaciado, cuya contemplación me sugiere a menudo todavía muy variadas consideraciones.»

¿Qué se le ocurriría a Goethe contemplando el vaciado de la hermosa calavera de Rafael? Las doctrinas de Gall, muy en boga entonces, cayeron bien pronto en un completo descrédito, y Goethe guardaba demasiado buen sentido propio para concederles valor. Pero creía que la caja ósea del seso debía reflejar la excelencia del alma que en él se albergó.

Hemos estado viendo hace poco una de aquellas cabezas frenológicas que tanto interés despertaron, sobre todo en los ingenuos, en los de índole espiritista, antaño. Es una cabeza de porcelana, hecha en la Cartuja de Sevilla por un tal Picazo, bajo la dirección del en un





tiempo famoso Cubí. Y nos divertía sobre manera ver señaladas las protuberancias de la eventualidad, la individualidad, la penetrabilidad, la localidad, el orden, la sublimidad, la secretividad, la adhesividad, la habitatividad, la filogenitura, el aprecio de sí mismo, la aprobatividad, la concienziosidad, la chistosidad... y otras no menos singulares. Por cierto, nos chocó que el órgano del lenguaje lo pusiera en el globo mismo del ojo, lo que debe querer decir que los grandes habladores o los grandes lingüistas tienen los ojos saltones. Así el sapo, que, según la leyenda popular, le dió al topo la cola a cambio de los ojos.

El que la calavera de Rafael no presentara ninguno de los abultamientos donde buscaba Gall las facultades prominentes del alma que se aloja en un cráneo, tanto podía querer decir que ningun-

na de ellas tenía muy desarrollada como que los tenía todos. Una alta meseta, como esta de Castilla, es toda ella cumbre. Y un grande espíritu, como el de Rafael—y como el de Goethe—es el que tiene sublimados al igual todos los sentidos y todas las facultades. Claro que no las que anotaba Gall o, mejor, Cubí, en su cabeza de porcelana, como la secretividad, la concienziosidad, la chistosidad y otras—entre ellas la del orden—, sino las verdaderamente fundamentales. Un grande espíritu es el que tiene igualmente desarrollados los siete pecados capitales y sus siete virtudes correctoras, pues sin unos y otras, y sin el juego de su contradicción íntima, no hay hombre completo. La calavera recogida y redonda de Rafael, que tanto admiró Goethe, era un templo de contradictoria perfección humana.

Hamlet veía cómo el sepulturero echaba al suelo, como si fuese la quijada de Caín, una calavera que tenía lengua, y tomando en la mano la de Yorick, el gracioso del rey, exclamaba: «¡Ay, pobre Yorick! Le conocí, Horacio, un sujeto de infinita gracia, de la más excelente fantasía; me ha llevado a sus espaldas miles de veces, y ahora, ¡cuán penoso me es imaginarlo!, se me anuda la garganta.» Pero Hamlet no anduvo buscando en la calavera del pobre Yorick el bulto de la chistosidad. Hamlet no había pasado por Gall y Spurzheim y ni siquiera por Cubí.

Un vaciado de la calavera de Rafael fué lo que Goethe pidió para llevárselo a Alemania, y no una mascarilla. Que ni sabemos si, como del Dante y de otros, ya hay de Rafael. Mas en todo caso, es de creer que para Goethe la calavera, el descarnado, tuviese más valor que no la cara, el desnudo. Y ¿quién sabe si, como se dice que la cara es el espejo del alma, no es la calavera el espejo de la osatura del alma?

Que el alma tiene, como el cuerpo, su esqueleto bajo la musculatura y la grasa y el pellejo, y un alma puede mostrarse, como un cuerpo, al desnudo y al descarnado. Y hay almas, feas al desnudo, culando muestran cicatrices, desgarraduras, quemaduras, infartos, que puestas al descarnado, en puros huesos, cobran belleza y excelencia.

Se dirá que así como otros huesos son lo de dentro, el sostén íntimo de la encarnadura, el cimiento de la carne, el apoyo de los músculos, así la calavera es la caja de los sesos, la envoltura ósea del cerebro, y se disertará sobre si su forma determina la del contenido o está por éste determinada. Cuestiones, en rigor, ociosas, ya que creemos que nada se ha sacado para el mejor conocimiento del espíritu humano, de la psicología, de esas andróminas de la dolicocefalia y la braquicefalia y demás clasifica-

ciones, fundadas en la forma del cráneo, clasificaciones en cuyo valor psicológico sólo aparentan creer los que, faltos de sentido histórico, de sentido de humanidad, quieren fundar la nación sobre el fetiche de la raza. De la raza fisiológica, se entiende, o, mejor, anatómica.

Cuando Goethe contemplaba en Roma, con arrobamiento, la calavera de Rafael de Urbino, el genio italiano, aún no se había desencadenado sobre Alemania la pedantesca barbarie de los dolicoce-

*¡á los rubios, no usamos de atienda que la protesta tontería de Gall, tontería que aun tomaba en serio en 1876 el pobre Excmo. Sr. D. F. Teferino Gourálor, Obispo entoucos de Córdoba y después arzobispo de Sevilla y cardenal, cuya Filosofía Elemental - una obra chinitosísima y regocijante - nos hicieron estudiar en la clase de metafísica de la Universidad Central allá por el año 1880. Si tuviéramos a la mano la calavera de fray Teferino iríamos a ver, auxiliados por la cabera en porcelana de Cubí y Picasso, si tenía o no, desarrollo de el bulto de la chinitosidad de que si sabemos es que nos ha costado curarnos de los chinitoscos sutitales que el estudio de, su obra, bajo la dirección de S. Juan Manuel Ortiz y...*